

ATADA CAPITULO 2

Erotika Karen c



Capítulo 1

CAPITULO 2 No me hagas eso

Me apoyé sobre el fregadero pues el movimiento lento del vibrador no me dejaba mantenerme firme, era demasiado para mí, sentir el placer así, a ráfagas.

Cristian desnudo y sentado en la mesa frente a su café de después de comer, manipulaba el mando a su antojo; mientras yo trataba de fregar los platos, pero la tarea se hacía difícil teniendo en cuenta que tenía un vibrador colocado entre las piernas moviéndose cada x tiempo, haciéndome estremecer de placer. A Cristian le encantaba torturarme de esta manera, se había pasado la mañana haciéndolo y yo empezaba a estar ya a mil, estaba segura que si en ese mismo momento me hubiera penetrado, me hubiera corrido en menos de un minuto. Pero conociendo a Cristián sabía que me tendría en ese estado de excitación permanente, por lo menos hasta casi mi hora de salida. Traté de distraer mi mente, mientras seguía fregando los platos y sintiendo las oleadas de placer que me ofrecía el vibrador cada vez que Cristian lo ponía en marcha. De repente Cristian encendió el vibrador por enésima vez, pero esta vez a máxima potencia lo que hizo que mis piernas temblasen y sin darme tiempo a sujetarme en el fregadero, me caí de rodillas al suelo. Iba desnuda, sólo con el arnés y el delantal de trabajar, como le gustaba a Cristian y me exigía en el contrato de sumisa que había firmado hacia ya medio año. Gemí al sentir el placer que me proporcionaba el vibrador, y avergonzada traté de levantarme nuevamente, cuando Cristián había apagado ya el vibrador. Él, sentado aún en la mesa, me ordenó:

- Ya puedes coger la taza, ya he terminado.

Me acerqué a la mesa, temerosa de que en cualquier momento hiciera funcionar el maldito mando. Cogí la taza y justo en ese momento Cristian puso en marcha el vibrador.

- ¡Aaaahhhh, no! – gemí y protesté.

- ¡Uhhmm que guapa estás con esa cara de placer, putita! – Me dijo

Levantándose de la mesa.

Subí la intensidad de la vibración y de nuevo mis piernas flaquearon, pero esta vez Cristian me sujetó para que no cayera y me hizo apoyar el culo en el borde de la mesa. Quedé frente a él, con las piernas abiertas, el vibrador moviéndose y mi cuerpo estremeciéndose y en menos de diez segundos, Cristian había desabrochado el arnés, me había quitado el vibrador y lo había sustituido por su verga erecta e hinchada

penetrándome hasta el fondo.

- ¡Aaaaahhhhh!

- Estás a mil, ¿verdad zorrita? – Me preguntó, sacando su polla de mí nuevamente.

- Sí, sí – gemí esperando una nueva arremetida, pero en lugar de eso, Cristian se alejó de mí ordenándome:

- Colócate otra vez el vibrador entre las piernas.

Obedecí y tras recoger la taza que había caído al suelo, volví al fregadero.

Fregué la taza sin volver a sentir el vibrador moviéndose. No sé donde estaría Cristian, ni siquiera le oía, pero sabía que seguramente estaría preparando la habitación de tortura o cualquier instrumento para seguir con el castigo. Seis meses atrás cuando le conocí en aquel bar al que fui a buscar trabajo, no imaginé que mi vida podría cambiar tanto y que un "trabajo" podría gustarme tanto. Cada día era una nueva aventura, algo distinto y apasionante, algo que nunca esperaba. Jamás imaginé que un "trabajo" pudiera aportarme tantas satisfacciones. Aunque aquello hacía tiempo que había dejado de ser un trabajo, porque a pesar de que era cierto que le hacía las faenas de la casa, y que además me pagaba por aquello, también era algo excitante, algo que me aportaba satisfacción. En realidad, aquel trabajo para mí había dejado de ser un trabajo y se había convertido en una manera de evadirme de la triste realidad que me rodeaba.

- Vamos putita, hoy toca paseo, iremos de compras – me anunció poniéndose en pie, y ofreciéndome la gabardina que me puse sin rechistar.

No me gustaba el plan, como siempre, porque sabía lo que significaba y a lo que me exponía y más a las cuatro de la tarde, pero sabía que no tenía otra opción.

Salimos de la casa y antes de llegar a la puerta, Cristian puso en marcha el vibrador. Todo mi cuerpo se estremeció.

Salimos a la calle, Cristian me cogió de la mano, y caminamos en dirección a la gran avenida que había al final de la calle. Por el camino y cada medio minuto Cristian ponía en marcha el vibrador durante unos 30 segundos para mantenerme en perfecto estado de excitación, yo aguantaba como podía las sacudidas que me producía la vibración. Llegamos a la avenida y giramos a la derecha, caminamos unas cuantas manzanas hasta llegar frente a la tienda de fotografías de mi marido. Al

ver que Cristian se detenía frente a ella exclamé:

- No, aquí no Cristian.

- ¿Cómo que no? Claro que sí, creo que ya es hora de que tu marido y yo nos conozcamos y que mejor momento que este.

- Pero yo... él... – traté de protestar, pero Cristian siguió firme en su decisión y me acompañó hasta la puerta.

Obviamente a mi me parecía el peor de los momentos, primero porque debajo de la gabardina iba desnuda, segundo por el miedo a que Max descubriera que entre Cristian y yo había algo más que una relación de trabajo y tercero porque estaba segura que a Cristian se le habría ocurrido algún juego o maldad, que podía descubrir esa relación Amo- sumisa que había entre él y yo.

- No te preocupes, seré bueno, no te torturaré demasiado.

De todos modos, si Cristian se había propuesto que aquel era un buen momento para conocer a Max, debía obedecer, estaba a merced de Cristian, no tenía otra opción, era su esclava sexual, su sumisa, había firmado un contrato y debía hacer todo lo que él me pidiera, incluso ir a que él conociera a mi marido en aquel momento, el sueldo que Cristian me pagaba dependía de eso, de que hiciera lo que él quería y yo necesitaba aquel sueldo para no morirme de hambre y pagar las deudas que generaba aquella tienda. Y él quería conocer a Max en aquel momento. Ya sé que desde fuera, la situación podía verse como algo péfido por parte de Cristian, pero en realidad, era un juego y a mí me gustaban aquel tipo de juegos. Cristian y yo lo habíamos hablado ya muchas veces. Por eso, de vez en cuando, me metía en aquellos malvados juegos.

Entramos en la tienda, primero entré yo y cuando Max me vio, enseguida salió del mostrador para venir a saludarme.

- Hola preciosa.

- Hola, vengo a presentarte a mi jefe – dije con un hilo de voz – Este es Cristian

Ambos hombres se miraron, Max le tendió la mano a Cristian y Cristian la tomó con la suya.

- Por fin conozco al hombre que hace tan feliz a Ana – dijo Cristian, mientras yo sentía como el vibrador empezaba a funcionar a una intensidad media – me ha hablado muy bien de ti tu mujer, se nota que la

tienes totalmente enamorada.

En realidad, desde el primer día le había hablado mal de Max, diciéndole que él era el culpable de que tuviera que buscar un trabajo, por la cantidad de deudas que acumulaba y que teníamos que pagar. Que había tenido que dejar mis estudios de Psicología para trabajar para pagar la tienda primero, y las deudas acumuladas después.

- Me alegro, yo no podría vivir sin ella – aumentó la intensidad del vibrador.

- Te entiendo es una mujer maravillosa y muy trabajadora, te lo puedo asegurar

- añadió Cristian.

Yo me mantenía en un segundo plano, junto a ellos, mientras hablaban, sintiendo como el vibrador se movía dentro de mí y tratando de disimular el placer que eso me causaba.

- Sí, pero la haces trabajar demasiado – se quejó Max.

- Bueno, pero le pago bien.

- ¡Ah! – Se me escapó un gemido de placer al sentir la intensidad del vibrador subiendo.

- ¿Te pasa algo? – Me preguntó Max visiblemente preocupado.

- No, nada, sólo he sentido un pequeño pinchazo en el estomago, pero no es nada, no te preocupes – le dije a mi marido mientras el vibrador seguía moviéndose dentro de mi vagina y yo trataba de mantener la compostura para que él no notara nada.

- Seguro que no es nada – agregó Cristian – Bueno, hemos venido, no solo para conocerte, sino también porque yo quiero comprar una cámara y como sabía que tú tienes esta tienda y eres un experto en eso, pues le he pedido a Ana que me trajera.

- Sí, claro, ven te enseñaré algunas. ¿Tienes idea de lo que quieres?

- Bueno, quiero algo sencillo pero que haga buenas fotos – dijo Cristian, como si todo fueran la mar de normal y ni él tuviera el mando del vibrador, ni yo el vibrador entre las piernas moviéndose.

- Sí claro.

Mientras Max se giraba buscando algunas cámaras, Cristian aprovechaba el momento para meter su mano bajo mi gabardina. Gracias a Dios, Max estaba tras el mostrador y Cristian y yo delante, en la zona de clientes, lo que hacía que el mostrador tapara la mano de Cristian, que se escondía bajo mi gabardina, acariciaba mi culo e introducía un dedo dentro de mi ano.

- ¡Ah, ah! – gemí de nuevo, sin poder evitarlo ya que la excitación era máxima en mí, después de varias horas llevando aquel vibrador entre las piernas.

Max se giró inmediatamente hacía mí preguntándome:

- ¿De verdad estas bien?

- S-sii... – traté de responder, pero Cristian subió al máximo la intensidad del vibrador haciendo que mis piernas flaquearan y me cayera de nuevo al suelo de rodillas y un intenso : - Aaaaahhh – escapara de mi garganta.

- Ana, por favor, me estás asustando – me dijo Max saliendo el mostrador y acercándose a mí.

Cristian me sujetó con fuerza y apagando el vibrador, dijo disimulando:

- Ana, a mí también me estás asustando.

Arrodillada en el suelo y con ambos hombres a mi alrededor, traté de levantarme ayudada por ellos.

- Sí, estoy bien, no es nada. Me han flaqueado un poco las piernas, nada más, será el cansancio.

- Ana por favor, no seas cría. Anda siéntate en esta silla – me ordenó Max haciéndome sentar en una de las sillas que tenía tras el mostrador.

- Voy a por un vaso de agua.

Mientras Max desaparecía en la trastienda para ir a buscar el vaso de agua al baño, Cristian aprovechó para besarme apasionadamente y decirme;

- Lo estás haciendo muy bien – introdujo su mano por la gabardina y llegando a mi sexo, acarició la humedad que llenaba mi coñito – y estás supermojada. Me están entrando ganas de follarte ahora mismo.

- Nooo, por favor Cristian, no me tortures más – le supliqué – no delante de mi marido.

- Sabes que no puedo aceptar tus suplicas, querida, es el castigo por llegar tarde esta mañana, lo sabes.

Asentí con la cabeza y aparté la mano de Cristian de mi sexo justo en el momento en que ví que Max estaba apunto de aparecer por la puerta que llevaba a la trastienda.

Max llegó hasta mí con el vaso de agua.

- Toma cielo – dijo ofreciéndomelo.

- Gracias.

Tomé el vaso con mis manos y de nuevo la vibración del aparato volvía a actuar en mi húmeda vagina produciéndome un maravilloso placer. Traté de soportarlo como pude mientras bebía agua, pero Cristian iba aumentando la vibración poco a poco, hasta hacer que llegara al máximo en el mismo instante en que me terminaba el vaso de agua con lo cual me hizo estremecer y soltar un placentero:

- ¡Aaahh!

- ¡ Cariño! – Exclamó Max.

- ¡Ana! – Exclamó también Cristian tratando de disimular, mientras yo me escurría en la silla – Vamos a llevarla dentro – propuso Cristian cogiéndome en brazos.

- Sí será lo mejor – afirmó mi marido. Pero cuando Cristian me entraba por la puerta a la trastienda sonó la campanilla que anunciaba que un cliente había entrado.

Max se quedo en la tienda, mientras Cristian me llevaba hasta el interior de la trastienda y me sentaba sobre una silla que había allí.

- Muy bien, has sido muy buena chica, creo que tu marido no se ha enterado de nada, pero aún falta lo mejor – me susurró Cristian al oído, mientras yo oía como Max atendía a su cliente.

- No, por favor, Cristian, ten piedad – le supliqué.

Pero de nada sirvieron mis suplicas, pues Cristian estaba decidido a terminar aquel castigo. Cristian subió la gabardina hasta mi cintura. Se bajó la cremallera del pantalón dejando libre su erecto y largo falo, que altivo y deseoso de placer se alzaba ante mí.

- No, Cristian, puede vernos Max

- No te preocupes por él, preciosa, estará ocupado un rato- dijo apuntando ya con su sexo a mi húmeda rajita y penetrándome de una sola embestida.

- ¡ Ah! – gemí al sentir como entraba, y sin dejar de mirar hacia la puerta; pero esta vez Max no apareció preguntando como iba todo.

Cristian me cogió por las caderas y empezó el movimiento de vaivén, enseguida empecé a sentir el placer que sus embestidas me producían, su sexo quemando dentro de mí, mi sexo ardiendo por aquel mástil que se clavaba en mí una y otra vez, y al que llevaba deseando todo el día. Empecé a sentir el orgasmo naciendo en mí, que se anunciaba potente, por lo que empecé a gemir temiendo que Max nos oyera, y al sentir como mi éxtasis alcanzaba la cúspide, me desmayé. Había sido tal la tensión y el deseo acumulados hasta ese momento que mi cuerpo reaccionó de aquella manera y perdí el conocimiento.

Cuando desperté estaba en mi casa, en mi propia cama, acostada, totalmente desnuda y Cristian estaba a mi lado, sentado esperando que me despertara.

- Vaya, vaya, por fin te despertaste – fue lo primero que dijo al ver que abría los ojos.

- ¿Y Max? – pregunté yo preocupada. Asustada al verle allí en mi propia cama.

- En la tienda, no te preocupes, me dio las llaves de aquí y me pidió que llamara a tu doctor, pero eso último no ha hecho falta. Ambos sabemos porque te has desmayado ¿verdad?

- Sí, ha sido increíble, pero Max...

- No te preocupes, no se ha enterado de nada.

- Me moriría si se enterara.

- Lo sé pero no te preocupes. Ahora esperaremos que vuelva y le diremos que el desmayo ha sido a causa del cansancio según nos ha dicho el doctor, ¿Vale? – me propuso.

- Vale – acepté.

Sus ojos se quedaron clavados en los míos y en su fondo vislumbré el

brillo natural que aparecía siempre que se le ocurría una idea.

Cristian era así, ocurrente, divertido, retorcido, excitante. Con él había vivido las historias y momentos más excitantes y maravillosos de mi vida, y cada día me sentía más convencida de que aceptar su propuesta tras aquella entrevista de trabajo, había sido la mejor decisión.

Sonreí diciéndole:

- No, aquí no Cristian, por favor, no me hagas eso – fue todo lo que pude decirle.